

EL MERIDIANO

Plácido Díez

Agitación municipalista

COMO apunta el profesor Bermejo Vera, no es lo mismo municipios que ayuntamientos. Podría ser un punto de partida para racionalizar la administración local, que los municipios continuarán siendo municipios pero agrupados en menos ayuntamientos. Se trata de conciliar racionalidad/estabilidad presupuestaria y autonomía municipal, los dos principios recogidos en la Constitución. Una prueba de interés general que se puede convertir en una pesadilla electoral para el PP si mantiene el objetivo de quitar competencias a los pequeños municipios para delegárselas a las diputaciones o, en la excepción aragonesa, a las comarcas. El 85% de los municipios, en los que viven más o menos el 11% de los aragoneses, tienen menos de mil habitantes, y en un único municipio, Zaragoza, vivimos el 51%. Si la futura reforma local deja sin competencias a esa gran mayoría de pequeños municipios porque no cumplen los estándares de costes, un principio más economicista que social, ¿quién va a querer presentarse en las listas para ser alcalde o concejal de su pueblo si va a pintar menos que Pichorras en Pastriz? Si a cambio de trabajar y desvelarse mucho, de restar horas de vida familiar, va a perder el aliciente, el estímulo, de mejorar la calidad de vida de sus convecinos.

Dibujamos un escenario que podría desestabilizar al PAR, y por ende al Gobierno de Aragón, porque la fuerza electoral que le queda está en los pequeños municipios. Es verdad que, por imperativo aragonesista, en nuestra comunidad la delegación pasaría a las comarcas, que se están afianzando en la cercanía a los ciudadanos pero que han incumplido desde el minuto uno el coste cero. Y, en ese caso, ¿qué pintarían las diputaciones? Con el añadido de que, ahora que tanto se habla de revitalización democrática, diputaciones y comarcas, son elegidas indirectamente a diferencia de los ayuntamientos.

Y en el otro extremo está Zaragoza, que perdería las competencias de servicios sociales, escuelas infantiles, casas de juventud, ludotecas, sin que esté claro en qué condiciones las prestaría la DGA. Son 102 millones de euros y 293 empleos. Mucho tendrá que remar el PP para que esta reforma, tan sensible y vital para los ciudadanos, no le estalle electoralmente en las manos porque en este asunto, ahora mismo, se ha quedado en minoría en las Cortes de Aragón.

EL MIRADOR | Eloy Fernández ha escrito casi mil cuatrocientas páginas de recuerdos en los que narra importantes episodios protagonizados en Aragón por él y otras muchas gentes de su generación
Por Guillermo Fatás

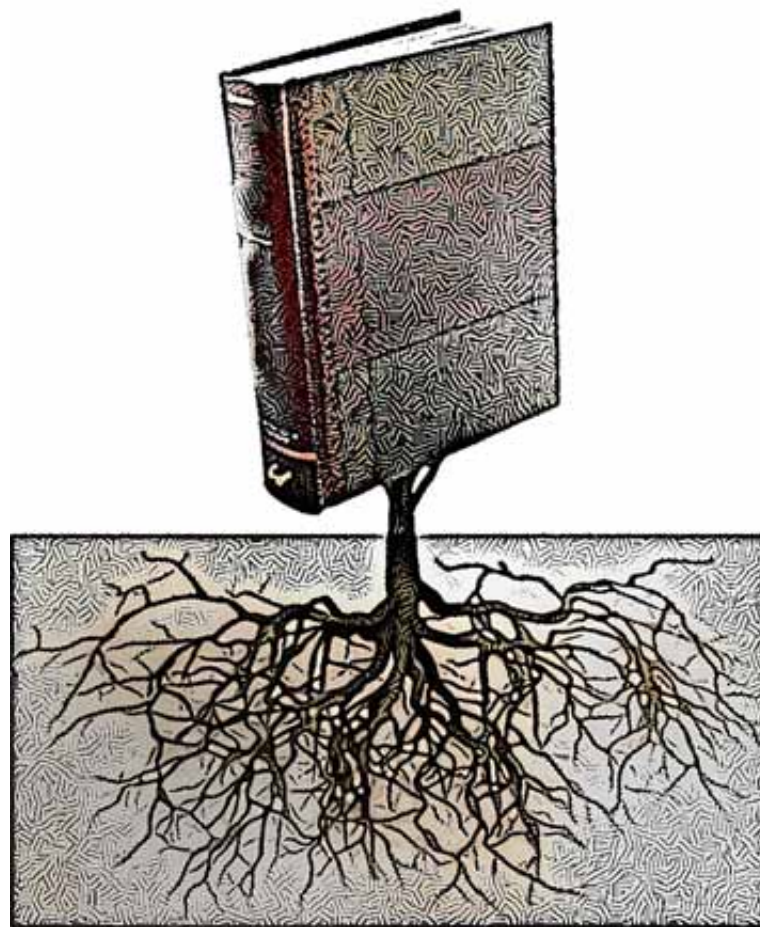
Los años de Eloy Fernández

LOS años de Eloy Fernández son setenta, desde el pasado 13 de diciembre, pero el título de este artículo no se refiere a los de su edad, sino a los de sus trabajos y sus días, a los quehaceres y vivires que, como personaje público -cívico, civil, ciudadano-, ha ido desplegando ante cuantos hemos estado atentos a la historia reciente de la comunidad política aragonesa.

Acaba de aparecer, editado por el Rolde de Estudios Aragoneses, el segundo libro de sus memorias, rotulado 'Los años de Andalán. Memorias (1972-1987)'. Tiene 764 páginas y cientos de apiñadas fotografías de rostros, casi todas de tamaño carné. Muchas, muchísimas personas -estimo que se mencionan algunos miles-, porque estos recuerdos han hecho sitio principal para la gente, muy numerosa, con la que ha compartido su laboriosa vida. Es visible su intención de mostrarse inmerso en un protagonismo colectivo.

Con el volumen precedente, titulado 'El recuerdo que somos. Memorias (1942-1972)', que abarca desde el nacimiento de Eloy hasta el del periódico 'Andalán', el cuantioso total es de 1375 páginas, lo que ayuda a cumplir uno de los propósitos de la obra: dejar consignadas listas, relaciones, nóminas de personas, sacarlas del cajón. Más de uno le dirigirá el reproche de que, por eso, ciertas partes de la obra no permiten la lectura seguida. Otros (como yo) aplaudirán el esfuerzo en pro de quienes necesitarán un día el beneficio del dato preciso que confirma una presencia, documenta un momento, acredita un detalle significativo para una pesquisa que, cuando se haga, cuenta desde ahora con el beneficio de esta trabajada compilación.

Es una opción consciente, tras la que palpita la mezcla de los diversos profesionales convergentes que han ido formando, de modo sucesivo y acumulado, la sustancia biográfica de Eloy Fernández como hombre de la polis: el maestro nacional de vocación y estirpe, ansioso siempre por



«Eloy Fernández ha sido una especie de 'lugar geométrico' de muchos que compartían expectativas en los últimos años del franquismo»

aprender para comprender y poder enseñar; el periodista titulado y ejerciente largo tiempo en condiciones de apreciable dificultad, que busca averiguar lo que sucede, ponerlo en claro y sacarlo a la luz; y, en fin, el historiador de la contemporaneidad, académicamente cuajado, no sin tribulaciones, en la cátedra de Historia Eco-

nómica en la que ha profesado tantos años, hasta su reciente jubilación. Oficio este que obliga a una sujeción disciplinada y constante a la 'conditio sine qua non' para toda actividad científica: el método. Esta polivalencia le hizo dirigir enciclopedias y es una segunda naturaleza de la que con buen criterio, no se desprende aquí.

De esta múltiple personalidad ha surgido la criatura, sin concluir del todo -falta un tomo-, pero ya granada, de estas memorias.

Por un lado son, pues, consignación de datos, materia prima de apariencia árida, pero a la vez obsequio -y reto- para quienes un día necesiten recurrir a un compilador fiable, que durante decenios ha guardado y ordenado octavillas, panfletos, impresos, convo-

atorias, programas, reseñas y demás especímenes de valor secundario, que adquieren cuerpo y significado precisamente cuando se exponen dotados de sentido, insertos en un argumento aclaratorio.

El amplio lugar que el autor les dedica no es, empero, la parte del león. Los muchos capítulos de rememoración tienen la forma esperable del relato valorativo, en estilo llano y directo. Es patente que el autor ha omitido episodios sin darse la satisfacción del desquite, que no hay que confundir con la venganza, porque aquel participa de la idea de equidad. Faltan amargores que hubieran requerido alusiones personales muy duras y directas, prueba del particular carácter del autor.

Las congojas contadas en estas memorias son casi siempre colectivas, porque Eloy ha sido una especie de 'lugar geométrico' de muchos que compartían expectativas en los últimos años del franquismo. Fue cabeza de turco y acabó en la cárcel de Torrero, curiosa e injusta estancia relatada con detalle y buen pulso, sin mitificación ni alardes.

Los retratos ambientales de la prensa, la universidad, la poliédrica y fragmentada oposición al régimen, obligadamente clandestina, no son retales, sino partes de un panorama que se suman al relato detallado, vívido en muchos momentos, de las cadenas de sucesos que enlazan siempre con el argumento mayor, 'Andalán', con el que el autor hila el resto de las historias que le cupo vivir o convocar: desde el Partido Socialista de Aragón hasta la 'Gran Enciclopedia Aragonesa' (de cuyo maltrato posterior es testigo de cargo).

Con el punto justo de indiscreción, hay numerosos extractos literales de cartas con gentes ilustres (Manolo Gil, Tuñón, Bleuca, Andújar, Seral, F. Carrasquer, J. García Mercadal, ...). Y, casi por doquier, aparecen sus dos referencias constantes: su animosa mujer, Marisa Santiago, y José Antonio Labordeta, clave confesa de su biografía política.

CUENTOS DE DOMINGO

Antón Castro

De Zaragoza a Alemania

FERNANDO Aramburu (San Sebastián, 1959) es uno de los grandes escritores españoles de hoy. Autor de títulos como 'Fuegos con limón', 'El Trompetista del Utopía' (que llevó al cine Félix Viscarret) o 'Años lentos', ha creado un territorio imaginario:

Antibula, que tiene algo de ciudad europea que concentra los ecos de la Alemania del Este, represiva e insidiosa, y la España sombría del general Franco. Inventó ese lugar después de que alguien hubiera reconocido a uno de sus personajes de ficción y le amenazase con una querrela. Aramburu, que ha firmado 'La gran Marivián' (Tusquets) en la Feria del Libro y ha conversado con Eva Cosculluela, se formó en Zaragoza: estudió aquí tres años y coincidió con profesores como Aurora Egido o Agustín Sánchez Vidal; cuenta cómo le impresionó en 1979 aquel joven que hablaba de cine, de Miguel Hernández, de Buñuel o de Los

Rolling. En aquellos días, Fernando, que ya había tenido un grupo literario en San Sebastián, formaba parte de una revista literaria y escribía poemas vanguardistas. Dice que la ciudad era más bien fea, pero que la gente le encantó: Zaragoza era una ciudad hospitalaria donde había lugar para el estudio, la creación, los ligues y las fiestas de Veterinaria. Vivió en las calles María Moliner, Huerva, Gómez Laguna y Avenida de Goya. «Zaragoza significó la libertad, la diversión, acabar con una serie de rutinas familiares, todo era un ir y venir, dar vueltas. Me lo pasó genial», ha confesado el autor. Aquí tenía grandes ami-

gos, entre ellos José Fernández, 'Pepito', el librero de Antígona, que llevaba unas guedejas tan largas como el propio Aramburu. Acaban de reencontrarse treinta años después. Hablaron y hablaron: encerraron la memoria de la Transición y de la literatura en las dos horas de una cena. Recuperaron el tiempo perdido. Aquí se enamoró irremediablemente de una joven, «de ojos azules, de cabello moreno y rubio a la vez», que cambió su vida (lleva 28 años residiendo en Hannover) y que le inspiró 'Viaje con Clara por Alemania'. Aramburu es un tipo simpático que usa el humor contra el fanatismo y la intolerancia.